

ocultarle el Gólgota que como último resultado destina á su amor hácia el pueblo; cuando ví al pontífice bendecir á esas grandes masas puestas de hinojos, á esas masas que, creyendo en su legítimo entusiasmo, obedecían, sin saberlo, á una fatal palabra de orden, me vino de repente al corazón uno de esos presentimientos que no engañan jamas. Se rodeaba de homenaje á un papa que los merece todos; se le seguía con aclamaciones y gritos de alegría tumultuosa; se le llevaba en triunfo; pero no era entonces esta ovación hija del respeto, á la que Pio IX, mejor que cualquiera otro, tenía derecho por su carácter y por la rectitud de su modo de pensar. Al través de esos exagerados transportes, que estallaban en hora marcada como una conspiración, en medio de este delirio que se propagaba como una contagiosa fiebre, la reflexión me asaltaba á mi pesar.

Completamente absorto con estos éxtasis, cuya lava se desbordaba sobre el Quirinal, creía percibir allá á lo lejos una mano oculta que, despues de haber desarrollado hasta el paroxismo las candidas y religiosas inclinaciones del pueblo, se hacia de ellas un arma para volverlas contra la Santa Sede. Todos preguntaban: ¿A qué estas aclamaciones sin fin y sin objeto? ¿Qué quiere decir ese amor lleno de exigencias, cuyas manifestaciones van luego á parar donde tuvieron su principio, á una taberna de antiguos carbonarios ó á un club de jacobinos modernos? ¿Qué es lo que ha hecho el papa para verse aislar de esa suerte entre todos sus predecesores y sucesores sobre la cátedra apostólica? ¿Qué significa ese: *Viva Pío nono solo!* que comenzó á resonar en Roma, y que ya repiten los impíos de las cuatro partes del mundo? ¿Qué quieren todos esos reyes Magos de la tribuna ó de la prensa revolucionaria, ofreciendo á los pies del nuevo pontífice el oro, la mirra y el incienso de su deísmo, de su burlona indiferencia, ó de sus cálculos políticos?

Hasta el presente, han sido fieles en su odio hacia el catolicismo; han profanado su culto, ultrajado á sus ministros, arrasado sus templos y maldecido á sus sectarios. Ni un solo papa, ni un obispo, ni un sacerdote han salido intactos de esta crítica filosófica, ante la cual todas las virtudes se transforman en vicios, y para quien todas las buenas obras, tanto las mas populares como las mas piadosas, se convierten en crímenes. Y he aquí, que sin transición de ningún género, la faz de las cosas se embellece, cuando los hombres permanecen siempre los mismos. No se vé, ni hay mas que un nuevo pontífice en el Vaticano, pontífice, es cierto, cuya caridad es uno de los maravillosos espectáculos que Roma presenta al mundo á los diez y ocho siglos, y bajo el peso de esta popularidad, ese mismo pontífice se sonríe al través de sus lágrimas. Quiere la felicidad y bienestar de sus súbditos; obra gradualmente, mo-

jora, reforma; pero las impaciencias con que atormentan su alma, tienden á cambiar su acción benéfica en una tea de discordia. Se le adora á condición de que sufra el yugo de todos los entusiasmos; y al verle pasar bajo la atronadora nube de aclamaciones, un terror siniestro agita el alma de los verdaderos católicos. Se habla de Luis XVI, del papado, se temen catástrofes, se pregunta con ansiedad; y muchas veces se oyen maldecir las revoluciones que designan generalmente por sus primeras víctimas á aquellos príncipes cuyos generosos pensamientos en favor de la humanidad impulsaron á trabajar con mayor eficacia en beneficio de sus semejantes.

La mayoría de los buenos es inmensa en Italia, y en Roma sobre todo; pero esta, así como los hombres honrados de todos los países, se deja dominar por la audacia de los malvados. Los buenos gimen en el interior de sus hogares, preven y deploran el mal que podrian impedir arrojándose á la pelea como los Vendeanos de 1793, como los gloriosos montañeses de Suiza de 1845, y el mal llega á hacerse ley. La revolución, que de todo abusa, sin exceptuar el respeto y el amor, conspira bajo todas las formas. Cuando e la reina, los buenos que no han sabido defenderse, revestidos con el manto de su virtud, aguardan la muerte como los ancianos senadores del tiempo de Brenno. Son buenos para morir cuando hubieran podido ser sublimes para vencer y salvar el orden social. Esta inercia de los hombres de bien, centuplicada por los mil rumores estúpidos que los malvados propagan, ha perdido muchas veces las mejores causas. Creemos que la ciudad eterna aun no ha llegado á ese punto; tiene una perpetuidad mas notable que la de los gobiernos terrestres; pero no por eso debe permitirse que se vea amenazada.

Estas eran las ideas que absorbían mi imaginación á la vista de los romanos aspirantes á ser libres, y obligados al mismo tiempo á pronunciar palabras de proscripción. En presencia de estos transportes cuya consecuencia no calculaba la mayor parte de los ciudadanos, á la vista de este súbito ostracismo de todos aquellos que, así como el cardenal Gizzi, eran saludados la víspera como genios reformadores, y al día siguiente eran odiados como retrógrados, decia como Smollet, un historiador que como todo buen inglés, jamas fué hostil á las revoluciones: "Esta es la funesta é inevitable consecuencia de todos los llamamientos hechos á la multitud en materia de gobierno, y de que las primeras medidas razonables y moderadas siempre se desnaturalicen por los entusiastas ó intrigantes. Hombres mal intencionados ó fanáticos se ponen al frente del populacho, y adquieren sobre él un peligroso ascendiente; y como carecen al mismo tiempo de la prudencia ó probidad necesaria para dirigir á un pueblo extraviado, causas insuficientes en la apariencia y

despreciables en su origen, son seguidas de los mas terribles efectos (1)."

Fuí dominado y lo estoy aun por esta fatal impresion. Daria mi existencia por reducirla al estado de un sueño, y lo será ciertamente, porque las puertas del infierno no prevalecerán jamas contra Roma. Al terminar mi trabajo sobre el pontificado de Clemente XIV, esta impresion se ha manifestado á pesar mio. La he abandonado á la justicia de Pio IX como respetuoso homenaje de mi sinceridad; he explicado mis palabras en el sentido que no he cesado de atribuirles; ¿y me dirán ahora que son una blasfemia? ¿No existe por cierto mas sábia veneracion en el error mismo de la franqueza que en las inmundas adulaciones con que en vano se quiere manchar la capa pontifical? He dado cuenta de una dolorosa sensacion que no he experimentado yo solo. La he manifestado como la sentia; ¿y por qué esta alusion ha de ser un crimen á los ojos del *Contemporáneo*? No me importa que pase como tal, si con ella se pueden contrarrestar sus proyectos. Pero que el católico *Correspondant* se vea tentado, como él mismo lo dice, de participar de la indignacion de estos abortos de la prensa, que minan el poder, lisongeando á sus depositarios con el mas bajo y humilde de los obsequios italianos, ésta tentacion de M. Lenormant es la que nunca podremos creer seria y formal.

M. Lenormant, aunque doctrinario, no está satisfecho; quiere ver sucumbir bajo un artículo el libro que se guardará muy bien de hacer aparecer como nacido del *Correspondant*. Nos damos cuenta de este sentimiento, que gracias á Dios jamas hemos aprobado. Esto no basta para hacer de este académico de inscripciones un aristarco imparcial. Para que M. Lenormant pudiese, sin ser desleal, indignarse de mis inofensivas alusiones, que desde luego retracto de corazon, si pudieran interpretarse mas allá de mi pensamiento, seria preciso que jamas tan sin motivo como sin pudor, hubiese insultado la memoria del papa, quien en el modesto obispo de Imola, revelaba al cardenal Mastai, y en éste á su sucesor en la cátedra de S. Pedro. Seria preciso que este venerable Gregorio XVI, cuyo laborioso pontificado dejará en los anales de la Cristiandad tan luminosa huella, no hubiese sido ultrajado por M. Lenormant. Pero este hijo de la Iglesia, que ha querido honrar á su madre mientras que no le convino atacarla por sí mismo, ¿no ha usado nunca palabras de injusticia y de censura para con los papas?

Cuando los revolucionarios de los estados pontificios danzaban en derredor del cadáver del anciano Gregorio, quien pocos meses antes de su muerte habia hecho triunfar su valor inerme del grande y magestuoso poder del czar; cuando en medio de sus impias

(1) *Historia de Inglaterra despues de la revolucion de 1688*, por Smollett y Adolphus, tom. X, pág. 163.

demonstraciones designaban para la tiara al Camandulense bajo el sobrenombre de *Il Cane*, ¿estaba bien que el *Correspondant* se mezclase con esta plebe que, embriagada con la palabra amnistía, á nadie perdonaba? ¿Un diario serio y reflexivo debia acaso seguir la senda trazada por la *Feuille éternelle*, miserable aborto del orgullo en su demencia, y donde M. Madrolle anatematiza á Gregorio XVI sin mas razon que porque aquel papa al verle y sobre todo al oírle, no pudo ménos de reírse?

El 10 de Septiembre de 1846, M. Lenormant entónces parece escusarse de haber tardado tanto en *blasfemar*; el 10 de Septiembre, pues, presentaba en el tribunal de su entusiasmo por Pio IX, al último gefe de la Iglesia, que en su solitaria tumba no halló sino dos ó tres corazones reconocidos. Escuchad al que tanto se indigna con mis alusiones: "Sin la menor duda, dice, hablando de Gregorio, mucho dejó que desear el gobierno temporal de la Santa Sede; hubo disensiones y discordias por dentro, y á veces escesiva debilidad por fuera." Y mas adelante: "La tenacidad, sin duda, del sistema llevado adelante por el gobierno de Gregorio XVI, ha producido en las legaciones y en la Romaña los mas tristes resultados; ha abierto llagas y alimentado rencores particulares que desde ese momento pueden contarse como los mayores obstáculos, en los que se estrellan los designios generosos de Pio IX."

Aun mas adelante añade: "Pero se me dirá, ¿la reconciliacion que todas las cortes esperaban con la muerte de Gregorio XVI, hubiera sido imposible en vida de este pontífice? No niego que pueden mucho en un anciano la influencia de las antiguas impresiones y la perseverancia en las ideas; pero el mal era muy grande en la Romaña."

Ya puede verse si éstas son ó no sencillas alusiones. Estas reprimendas, despues de la muerte acriminan al príncipe en la esencia misma de su gobierno. Le presentan como dudoso en sus malas ideas, sin fuerza en el interior ni dignidad en el exterior; incapaz de hacerle el bien, y mas incapaz aun de impedir el mal, y todo esto se dirige contra un papa lo mas católicamente posible. Esta injuria lanzada contra su reinado en nada toca á lo espiritual; M. Lenormant lo reserva para mejor ocasion. Y porque yo haya manifestado una opinion con la mayor timidez, ¿se ha de decir que he herido en lo mas mínimo el poder espiritual de las *Llaves*? ¿Acaso he pensado siquiera en romper con la unidad, ya por palabras, ya con obras? Nada de eso. Mi política ha sido únicamente votiva, de deseos, mientras que la de M. Lenormant, la de la *Revue de Louvain* y del *Contemporáneo*, es una política de recriminacion, con la cual no me es posible librarme del furor de uno sin caer bajo la férula de los otros. Yo no he dicho como Voltaire: "Se debe respeto á los vivos, y

la verdad solo á los muertos." Este aforismo, que siempre me ha parecido un pomposo contra-sentido, explotado por el temor y la codicia, me he atrevido á modificarle por mi cuenta. Yo creo que á los vivos, sobre todo, si son reyes ó papas, sobran aduladores que los ensalcen y lisonjeen, y no hay necesidad de aumentar su número. He aquí mis blasfemias. No suplico á Pio IX que me las perdone, puesto que no es crítico por carácter, y por otro lado guarda en su corazon inagotables tesoros de misericordia. ¡Ojalá pudiese él mismo defenderse de los serviles entusiastas del *Contemporáneo*, del *Rappel*, de la *Revue de Louvain* y del *Correspondant*, y olvidar el crimen que yo no he querido cometer, y que en realidad solo han cometido mis censores!

Sin acrimonia y sin parcialidad, hemos examinado y reasumido las diferentes acusaciones lanzadas contra el libro de *Clemente XIV y los Jesuitas*. No era suficiente para este desgraciado pontífice haber dejado esparcidos por el mundo los documentos que algun día podian comprometer su memoria; era preciso que sufriese aun por elogios los mas crueles la postrer humillacion debida á sus injusticias; y para colmar la medida, Ganganelli, pasados setenta y tres años de su muerte, se ha visto aun embalsamado en el postrer romance ó novela del abate Gioberti. Hablemos, pues, algo de este sacerdote:

Existe en Europa una ciudad, en la cual de repente y en medio de una paz universal, resonaron por los aires los gritos mas inesperados y siniestros. Se vió allí un populacho embriagado de ateísmo, sediento de rapiña, que maldecía á la Providencia y que manifestaba con términos de mal agüero los mas crueles sentimientos. Por las plazas y las calles se oía á la multitud ahullar, cual energúmenes: "*Fuera, fuera Dios!*" y entre el vapor de sangre y vino, lanzar las amenazas de: *Muerte á todo el que tiene criados!*

Estos rugidos, última expresion del comunismo, resonaban en Lausana en 1845. Desde este dia Lausana fué el sitio de placer, el asilo predilecto del abate Vicente Gioberti.

Existe en esta ciudad un cierto triple apóstata; un religioso que ha renegado de su Orden, un sacerdote que he renegado del sacerdocio, y un cristiano que ha renegado de su Dios. Deseoso este monje, este sacerdote y este cristiano, de corromper por la palabra escrita á cuantos no ha podido seducir con su ejemplo, todo lo ha sacrificado para colocarse á las inmediatas órdenes de la inmoralidad reinante en el canton de Vaud. Se ha hecho impresor, es decir, se ha impuesto á sí mismo la mision de propagar por medio de la prensa aquellas obras cuya sola idea es un aborto del entendimiento, un cálculo de la mentira, una ceguedad del alma, ó una mofa de la justicia. A esta puerta, tras de la cual habita, rodeado de muger é hijos, semejante hombre, es á la que llamó el

abate Gioberti con un manuscrito bajo del brazo, renunciando la hospitalidad que le concediera en Bruselas un sacerdote concubinario.

Este manuscrito era un insulto en cinco tomos á la verdad histórica, á la filosofia, á la religion y al sentido comun: á pesar de eso, como era natural, fué acogido con una alegría indecible. Sobre la marcha se pusieron en movimiento las prensas del apóstata para reproducir con la brevedad mas posible la obra del eclesiástico, quien no tiene la menor traza que indique un buen sacerdote. El *Gesuita moderno* salió por fin de este taller de escándalos á ver la luz pública. A los unos hablaba de libertad, tal como querian aplicarla los adeptos de la escuela de Lausana: á los otros enseñaba la mentira política y el error religioso; y sobre todos destilaba el veneno de sus doctrinas y la expresion de su odio.

El *Gesuita moderno*, como lo indica su título, no es ni mas ni ménos que un despreciable folleto dividido en cinco gruesos tomos, verdadero resúmen de todas las acusaciones sin pruebas, y de cuantas locuras y sueños fantásticos que en estos últimos tiempos han pasado por los cerebros de los Michelet, de los Sue y de los Quinet. Esta produccion es un desórden de imaginacion, manifestado á veces con todo el prestigio del estilo, con toda la verbosidad de un maniático, y con toda la hinchazon de una poesía fanática. El abate Gioberti ha introducido en su inagotable facundia el capricho y ligereza del folletin frances junto con la improvisacion de la cátedra universitaria. Extendiendo sin freno sus ideas en el reducido campo de batalla que se habia propuesto, llegó á espantar la curiosidad, viendo por sí mismo que ni aun siquiera se concedía á su obra la limosna de la exótica y vulgar publicidad que los partidos extremos no rehusan jamas.

Esta obra, concebida en el silencio de la injusticia, se vé condenada á la esterilidad por la razon pública, y al silencio eterno por el fastidio que provoca su lectura. Su objeto marcado es causar la muerte á la Compañía de Jesus; pero el cañon, cargado con la metralla de una cólera propia de niño irritado, no dió fuego. El abate Gioberti, quien desde mucho tiempo ántes fué incapaz de hacer algun bien, queriendo recoger sus ideas en la soledad, apasionarse friamente y aguzar los puñales, cuyas puntas se vuelven contra él, se ha quedado impotente, aun para hacer mal. Se mide al hombre de pies á cabeza, no se ve sino un vacío, y en lugar de un escritor, á quien se perdona lo avanzado de sus ideas, á trueque de la energía del pensamiento y colorido de su estilo, no vemos mas que un globo aéreo inflamado de redundancia italiana y sin otro motor que una cansada fraseologia. El genio frances, el aticismo romano, el ardor napolitano, el buen sentido piamontés, todo falta en esta obra;

y semejante libro vivirá solamente en la memoria de su autor como una mala acción añadida á las demás suyas, y á la cual nada puede defender. Si al abrirla encuentra algunos desengaños, creemos por experiencia que esta desgracia le será contada con una expiación.

En Francia, en Inglaterra y en Alemania, semejantes producciones llevan consigo el fruto, y son olvidadas aun ántes de detenerse sobre ellas, porque allí se reflexiona, se raciocina y se juzga; en Italia no es lo mismo. El abate Gioberti se presenta como misionero de exageraciones políticas; y un largo destierro, aunque merecido, le permite darse entre sus compatriotas el tono de víctima. Tuvo necesidad de engrandecerse á sus ojos, y les aduló bajamente; su *Primato morale et civile degl' Italiani*, hijo bastardo de nuestro calvinismo frances, quedará como un tipo de interesada adulación y popularidad servil. La idea fundamental de esta amplificación, que ni un estudiante de retórica aun italiano se hubiera atrevido á enunciar, consiste en que los descendientes de los antiguos maestros del mundo dominan aun por el genio, así como en adelante podrán dominar por las armas. Esta tesis, excusable en un colegio, ha inspirado al abate Gioberti sentimentales páginas, en las que el amor patrio se eleva hasta el lirismo de los conceptos, lirismo sin provecho, sin doctrina y sin porvenir; pero que al fin, por su misma fatuidad, imprimía al escrito cierto sello de inocencia.

Casi nadie ve la Italia sino al través del prisma de los siglos pasados: para unos, es la patria del sol, de las ruinas, de las emociones fuertes y el campo de batalla que ha fecundado la libertad, poetizando sus escesos; para otros, es el manantial que sirve de abrevadero al orgullo nacional. Al contemplar sus monumentos siempre en pie; al considerar sus gigantes de la antigüedad y de la edad media, admirados por todos los siglos, el italiano tiene la desgracia de creerse identificado con esas inmortalidades, hechas patrimonio de todos los países y luz de todos los tiempos. Se mece con la idea de que esa madre está aun en todo el vigor de su fecundidad, y que aun puede engendrar y dar á luz los futuros Cicerones, Césares, Virgilio, Dantes, Rienzi, Colonas, Miguel Angel y Rafael. En su miseria quiere disfrazarse de Escipion desconocido, y sobre el foro romano, donde no se oye mas eco que el mugido del pesado buey de Ostia, quiere reconstruir con un recuerdo aquella dualidad mágica tantas veces revelada al mundo entero, por estas cuatro letras del alfabeto; S. P. Q. R., que son poco ménos que nada, segun la interpretacion del abate de la Mennais.

El senado y el pueblo romano han desaparecido junto con las ciudades y reinos anexos á su imperio. El pueblo que todo lo dividió y que lo destruyó todo, ha sido dividido y destruido á su vez. La Italia conquistó al mundo, y se ha hecho pedazos, cuando el mun-

do se estrelló contra ella. Su nacionalidad, su independencia absoluta, ya no son mas que una utopia; la Italia no puede llegar á ser un reino, una república ó un estado federal. Sea cualquiera la forma de unidad que sus príncipes ó sus pueblos quieran sustituirse á la que existe, caerá siempre en la anarquía las ideas, para llegar sin transición á la anarquía de los sucesos. Su constitucion tiene un no sé que de excepcional; con ciertas condiciones puede durar aún; modificarla ó cambiarla, seria caso de muerte repentina. Los italianos quizá no están aun maduros para recibir una libertad que no seria mas que un despotismo ilustrado por la arbitrariedad legal: jamas pueden comprender y mucho ménos aplicar el sistema constitucional. En nuestra opinion, que estendemos á todas las corrupciones parlamentarias, semejante ignorancia es una gloria y una felicidad para un pueblo.

No piensan de ese modo los patriotas cuya primera necesidad es crearse una existencia social, invocando las ideas de desorden en apoyo de sus ambiciosas teorías. En ese país, como en el resto de Europa, no faltan genios turbulentos y corazones corrompidos que quieren ocultar su mal instinto bajo la excusa legítima del amor patrio, y apoderarse de tan bella pasión por la independencia ó nacionalidad de la Italia como se explota ese sueño en favor de la Polonia. La Polonia ha sufrido la suerte reservada á todos los pueblos. Tuvo sus horas de sublimidad, de apogeo, y luego sus años de revoluciones y decadencia. Ha perecido, porque las naciones, lo mismo que los individuos, no tienen sino una existencia limitada, y llega un dia en que el sepulcro se cierra sobre un pueblo como sobre un hombre, siendo imposible á la criatura galvanizar su cadáver. Pero aplíquese á este cadáver el régimen constitucional, que se le pongan muchas y hambrientas sanguijuelas parlamentarias; que el ingles, así como en Portugal, en Grecia y en España, se encargue de regularizar y sostener el desorden moral en beneficio de sus intereses mercantiles, y aun podremos ver á este cadáver agitado por algunos sobresaltos de confusión y desorden; pero despues revolcado en su propia sangre, caer luego en el fango para no levantarse jamas.

No hay duda que es muy triste para una nación marcada con un sello providencial reconocerse aun viva en sus miembros, y verse sin embargo borrada del catálogo de los reinos; pero á los hombres que le siguen el camino de la vida con la antorcha de la historia en sus manos, no debe asombrar eso puesto que hace seis mil años lo mismo ha sucedido con pueblos de constitucion mas fuerte. Nada mas normal que la muerte de unos y nacimiento de otros. Podremos resistirnos á adoptar la idea de la destruccion de las razas; pero es preciso creerla, y cuando llegue el caso sufrirla, porque está previsto en regiones mas elevadas que las de la humanidad, y so-

bre todo, porque una nacion vencida, juzgada y repartida como la túnica del Salvador, no sale de su tumba para reconquistar una nueva vida, como salió Jesucristo de la suya para regenerar el mundo. Algunos italianos que en su entusiasmo no consultan á la razon, se niegan á aceptar ese juicio de Dios sobre los pueblos; y bajo el punto de vista del orgullo nacional, se les debe perdonar ese acto de patriotismo.

No es solo en estos limites donde se encierra el abate Gioberti; ha visto á los anticuarios, á los poetas y á los *amateurs* apasionarse de las carcomidas murallas que han abrigado á tantos héroes, y quiere persuadir á sus admiradores que aun están destinadas á continuar la gloria de sus abuelos. Cincinato ya ha llegado á ser un pretendiente; Caton es ahora un *músico*; César hace pelucas; Lúculo pide limosna; Fabio Cunctator se ha transformado en jockey diplomático; Pompeyo es un usurero; Cornelio abandona á sus domésticos la crianza de sus hijos; Fabricio teje coronas de oro para ornar la frente de las bailarinas; Augusto está uncido á su carro; Numa tiene una administracion de loterías; Horacio contrahace antigüedades; Curcio sale de su huronera para profesar el egoismo; y en el interes del órden público, Gracco y Catilina reclaman á voz en grito la institucion de la milicia nacional; Ciceron dirige una prensa clandestina; Marco Aurelio circula folletos anónimos; Espartaco compra ejecutorias de nobleza; algunas Lucrecias y Virginias apelan del rigor de sus patronos á los Appios y Tarquinos modernos; Tiberio predica la libertad; Annibal vende anteojos; Mario se resigna al papel de tenor, y Escipion roba doncellas. Semejante espectáculo no ha chocado al abate Gioberti, ni le ha conducido á meditar sobre las alabanzas con que ha hecho profesion de abrumar á su pais; antes por el contrario, como el imperturbable Mateo Laensberg, profetiza (1): "No pasará quizá un siglo sin que nuestra patria vuelva á ser lo que fué en los tiempos de Escipion."

A esta agregacion de pequeños pueblos que no tienen mas herencia que un simple pasado de dos mil años, no era difícil hacerles comprender que se hallaban oprimidos y que algun dia podrian alzarse tan fuertes y vigorosos como en los bellos tiempos de la juventud de Italia. Se acusaba á estos primeros fetos de la civilizacion europea de languidecer en una idolencia casi vecina de la felicidad; se aparentaba ignorar que de la parte allá de los montes, la divergencia de opiniones, las preocupaciones locales, las rivalidades mútuas de las poblaciones y de los estados, los recuerdos siempre vivos de las guerras intestinas de la edad media, han dejado en los espíritus una huella tan

(1) *Gésuita moderno*, t. 2, p. 600.

profunda de emulacion ó enemistad, que seria imposible á una voluntad de hierro reunir en una misma accion de intereses tan encontrados y pensamientos tan opuestos. En diferentes ocasiones, sin embargo, se les ha visto ofrecer el homenaje de su independencia futura á todos los soberanos cuyo nombre pudiese servirles de bandera. Han querido seducir á Carlos Alberto de Cerdeña y á Fernando de Nápoles; y hoy dia es al papa á quien quieren dar el papel de Judas Macabeo. Cuando la Italia por derecho de conquista quedó unida al imperio frances, los revolucionarios se valieron de Murat, como instrumento de su libertad. Bignon, en su *Historia de Napoleon* (1), ha revelado estas tendencias que perdieron á Joaquin y que perderán á otros muchos.

"Con esta declaracion del emperador, dice el hombre de Estado del liberalismo, terminó para el rey Joaquin el año de 1811. Desde esa época se dejó fascinar ese príncipe por los halagos y promesas de los hombres que soñaban en un cierto *sistema itálico*, con el cual le hacian entrever, si no una soberanía absoluta, al ménos una gran preponderancia y un alto protectorado. En todos los puntos de la Península italiana existia un gran número de estos patriotas estimables, pero poco previsores, quienes siempre, enemigos eternos de la dominacion extranjera, cualquiera que ésta fuese, se hallaban dispuestos á combatirla á todas horas; y que en la época de 1811, por ejemplo, cuando la Lombardia, la Toscana y los Estados romanos renacian y prosperaban bajo los auspicios de una administracion benéfica é ilustrada, no quisieron ver que al sacudir el yugo de la Francia, irremisiblemente caerian bajo el plomo del despotismo aleman al que tenian tanto horror. Estos patriotas italianos ligados entre sí por afiliaciones y correspondencias, dirigieron su vista sobre el rey Joaquin como persona adecuada para llegar á ser dócil instrumento de sus ulteriores miras."

La Italia sigue aun con el mismo sueño de 1811, y sus órganos políticos le prolongan con una imprevision cuyas consecuencias serán quizá muy funestas. Esto era lo que queria advertir al autor del *Primato*; y le hablaba con seriedad como pudiera hacerlo con Alfieri, Manzoni, Silvio Pellico, y aun con el mismo Orieli. El abate Gioberti no era mas que un cómico de patriotismo; se asignó ese papel para ocultar sus planes, y su *Gésuita moderno* los ha puesto al descubierto. A pesar de la justa repugnancia que nos causa habérnoslas con semejante hombre, tendrémos que seguirle por la senda que ha elegido: él mismo es quien nos impele á ello,

(1) Bignon, *Histoire de France sous Napoleon*, t. X, p. 244.